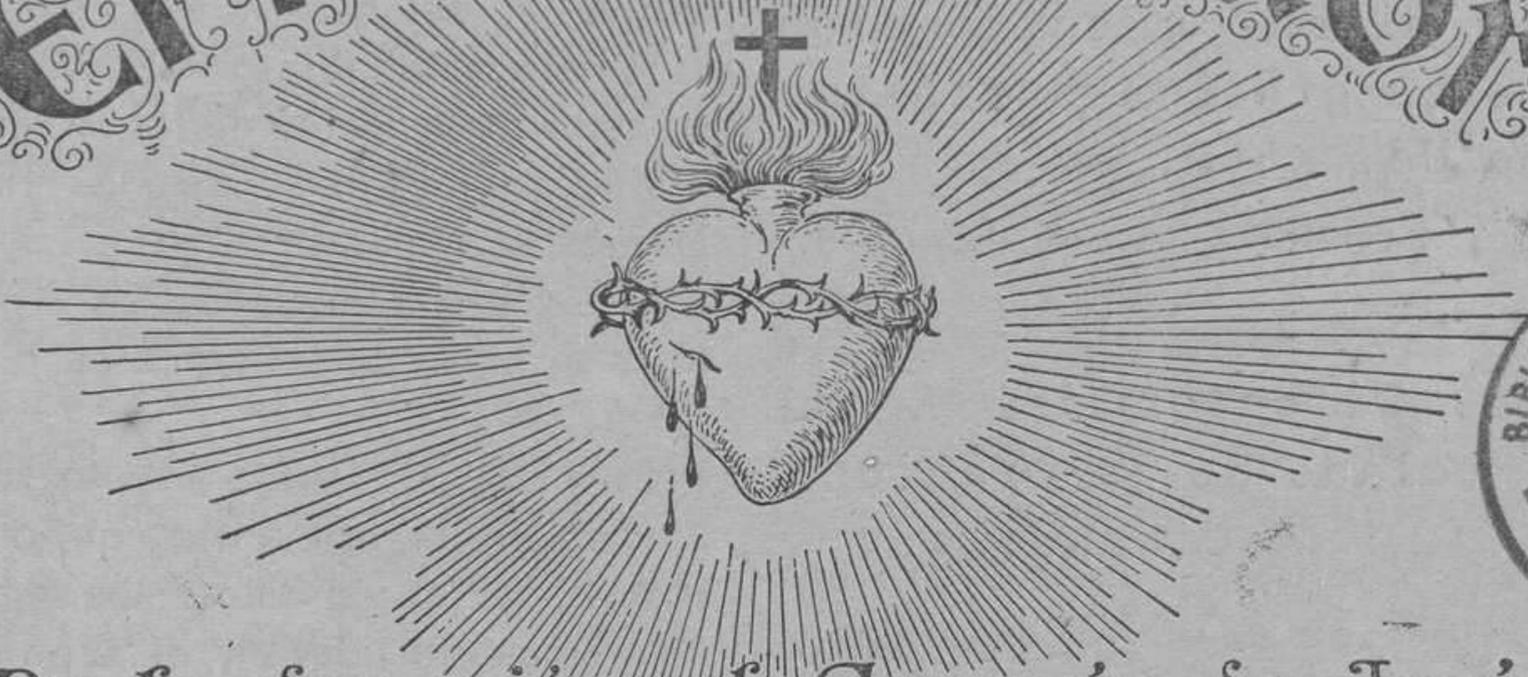


El Propagador



De la devoción al Corazón de Jesús

-- Órgano diocesano del Apostolado de la Oración. -- Con Censura Eclesiástica. --

Año XXIX.

Ciudadela (Menorca). -- Septiembre de 1930.

Núm. 371.

Del Nuncio de Su Santidad

AL homenaje nacional ofrecido por los católicos, al dignísimo Representante del Papa en España, se asoció de corazón el Centro Local del Apostolado de Ciudadela, enviando a S. E. Rma. atenta y cordial felicitación.

El Excmo. Sr. Nuncio, ha tenido la bondad de enviarnos la siguiente atentísima Carta, firmada de su puño y letra, que agradecemos en el alma.

NUNCIATURA APOSTÓLICA
EN ESPAÑA

MADRID 16 de Mayo de 1930

Sumamente grata llegó a mis manos la cortés fe-

licitación que esa piadosa Asociación ha tenido la bondad de enviarme por el digno conducto de Ud. con motivo del homenaje tributado en los pasados días al Representante de la Santa Sede en esta católica Nación.

Confío mucho en las oraciones de esa piadosa Asociación tan amante de la Santa Sede, y por estas, como por todas las cariñosas manifestaciones que se han hecho hacia mi persona, envío a Ud. y a todos los Asociados mis más cordiales gracias y una muy efusiva bendición.

Con los sentimientos de mi mayor estimación me es grato suscribirme de Ud. atto. s. s.

† FEDERICO, *A. de Lepanto,*
N. A.

Sr. Director del Aposto-
tolado de la Oración.
Ciudadela.

* * *

Las bendiciones paternas del Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad Monseñor Federico Tedeschini, que reverentemente recibimos, sean para el Apostolado de la Oración de Ciudadela, y para cuantos trabajamos por la gloria del Corazón de Jesús, presagio y prenda de celestiales auxilios.



El Sepulcro de la Virgen

QUE la Santísima Virgen murió es cosa cierta. Inmaculada, y por tanto exenta de la muerte, María, quiso no obstante, morir, a fin de tener esta semejanza más, con su Hijo Jesús. Según Baronio, que en este punto resume las opiniones de los autores antiguos, María vivió aun en la tierra unos veinte y tres años y meses después de la Ascensión de Jesucristo a los cielos y después de Pentecostés. Murió cincuenta y siete años después de Jesucristo, y contaba la edad de unos setenta y dos años.

Según la tradición generalmente

recibida, la Santísima Virgen murió en Jerusalem.

He aquí el relato del dichoso tránsito de la Reina de los ángeles.

En aquellos días, dice S. Juan Damasceno, por circunstancias diversas y providenciales, los Apóstoles se hallaron reunidos en Jerusalem.

El mismo discípulo amado Juan a quién Jesús, al expirar confió su Madre, fué quien colocó los sagrados restos mortales en el sepulcro sencillo que la naciente Iglesia, en su dolor, construyó para la Virgen.

Él y los demás apóstoles cerráronlo con una gran piedra, cual el de Jesucristo, no sin haberlo antes cubierto con sus oraciones y lágrimas. Durante los tres días que estuvo el cuerpo de María en aquel sepulcro sagrado, oyóse resonar el cielo con los himnos y alegres cantos de los ángeles. Incorruptible e inmaculado se conservó aquel cuerpo virginal. Conservó también durante los tres días, su belleza y sus gracias, igual que si durmió un sueño el más dulce.

La Madre de Dios no debía permanecer mucho en el oscuro sepulcro. No bien apareció la aurora del tercer día, el alma de María, acompañada de los ángeles, bajó del cielo al sepulcro, y de nuevo tomó posesión de su cuerpo virginal, dejando intacta la sepultura, como Jesús dejó intacto los sellos de la suya.

Escortada por los ángeles, sostenida por la virtud de Dios que en ella residía, elevóse del seno de la tierra, y voló al cielo.

En aquel momento, en aquel instante mismo de la resurrección

de la Virgen, dejaron de oírse los armoniosos cantos de los espíritus celestes.

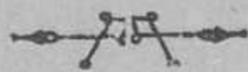
Entonces fué cuando los apóstoles, movidos interiormente por el Espíritu Santo, e instados por Santo Tomás que acababa de llegar y ardía en deseos de venerar los sagrados restos de la Madre de Dios, trasladáronse al sitio del sepulcro. Abrióronle respetuosamente; pero... en vano miraron y buscaron el cuerpo de Aquella que poseía ya la inmortalidad en las celestes regiones.

Aquel sepulcro no contenía más que flores, lirios, rosas, y los perfumes que en él depositara la piedad de los fieles. Un grito de admiración escapóse de todos y cada uno de los apóstoles. Unos regaban con sus lágrimas la piedra venerada donde descansó María. A otros les pareció como percibir aun los últimos rayos de la dulce luz que rodeaba a la Madre de Dios subiendo a los cielos.

Según una leyenda puesta en pintura por el arte cristiano, el apóstol Tomás, dudaba creer en la resurrección de María (aun teniendo a la vista aquel sepulcro vacío) cuando levantando la vista a los aires, vió a la Virgen, rodeada de ángeles, que subía al cielo. Y en aquel preciso momento el cinturón de la Virgen cayó sobre él, comunicándole el don de la fé, más precioso que el de obrar milagros.

Enseguida se extendió por toda la ciudad de Jerusalem la noticia de aquel prodigio. Lágrimas de emoción mezcláronse a los himnos de gratitud: y los apóstoles, antes de dispersarse, juraron junto al sepulcro de María, anunciar su nom-

bre y gloria por toda la tierra, a la vez que la gloria y el nombre de Jesucristo.



La Asunción de María

Dos que saben que entre todas las obras de Dios hay una admirable relación, una magnífica armonía, es muy natural que vean claramente que todas las grandezas de María, desde la inicial de su Concepción y la incomparable de su Maternidad, se concentran en otro misterio que ha sido su gloria y su grandeza final, el de su triunfante Asunción, con su Coronación en el cielo, que la hizo participante de la gloria y del poder de Dios.

Bajo la ley de las sombras y de las figuras, el Arca del Señor, leemos en los libros santos, se paró en medio del Jordán para señalar un nuevo camino a los hijos de Israel; bajo la ley de la gracia, otra arca, arca verdadera de la nueva alianza, María, para indicar al pueblo cristiano, el camino que lleva al cielo, se paró también en medio del Jordán misterioso que se desliza por las fronteras de la vida y que separa la tierra del cielo, el tiempo de la eternidad.

A ejemplo de Jesús, su hijo, María ha pasado por la muerte, pero como El, no ha conocido la corrupción del sepulcro y no podía ser de otra manera, tratándose de la Madre de Dios, pues el Hijo de Dios, no podía permitir que se convirtiera en polvo y ce-

niza el cuerpo del cual se formó el de Dios hecho hombre.

«No debe extrañarnos, dice Bossuet, si la bienaventurada Virgen María resucita con tanta alegría, y si triunfa con tanta pompa; Jesús, a quien esta Virgen dió la vida, se la devuelve por reconocimiento, y como que pertenece a Dios mostrarse magnánimo, bien que sólo recibió una vida mortal, es digno de su grandeza el dar en cambio una vida gloriosa». «Ven, Madre mía, dice, ven para ser coronada». Y delante de toda la corte celestial la da posesión de su trono, pone sobre su cabeza la más preciosa de todas las coronas, la diadema de su realeza, y en su mano el cetro de todo poder, dando a sus peticiones y deseos toda la eficacia de un mandato.

Como a Jesús, ha sido dado a María un nombre sobre todo nombre y un poder sobre todo poder; en el cielo es la Reina de los ángeles y de los Santos, y recibe continuamente sus homenajes; en la tierra es reina de todos los hombres, es nuestra soberana, nuestra Señora, y su reinado lo es de misericordia, que ejerce con la protección que nos ofrece y por los dones y beneficios que nos obtiene.



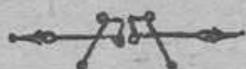
El Centenario de San Agustín

QORRE el año de 1930 y nos hallamos en el XV centenario de la muerte de S. Agustín. Es el excelso Doctor de la Iglesia uno de los astros más lumi-

nosos que ilustran la historia del Cristianismo. Su solo nombre evoca ideas y sentimientos de grandeza y de magnificencia, que elevan el pensamiento a Dios para alabar sus misericordias y misteriosos designios. Dotado de una inteligencia prodigiosa, busca desde joven afanosamente la verdad, siendo la admiración de sus compañeros por su ciencia y elocuencia; busca ansiosamente la verdad, pero no la encuentra, hasta que bebe a raudales en la fuente inagotable de los Libros Santos, para derramarla a su vez copiosamente en sus sermones y obras admirables. ¡Y qué corazón más grande el del Santo Doctor! Con la intensidad y el ardor, que en su juventud fogosa ama lo terreno, lo ilícito, lo vedado, hasta llegar a verdaderas aberraciones, ama después a Dios, a la Belleza Suprema, complaciéndose en ella y haciendo de sus perfecciones descripciones inimitables. «¡Oh belleza sin igual, qué tarde te conocí!» «Nuestro corazón ha sido criado para tí y no encuentra ni encontrará descanso mientras no repose en tí». «Atravesaste, Señor, mi corazón con una flecha de amor tan penetrante, que introducida profundamente en el pecho, se quedó el encendido arpón dentro de la misma herida.» Son algunas de tantas expresiones hermosas y fecundas que brotan de sus labios y escribe su áurea pluma con letras de amor.

San Agustín, inteligencia pleclarísima, corazón inmenso, Doctor egregio, defensor acérrimo, de la verdad, santo gloriosísimo que

aparece con rasgos sublimes de simpatía y grandeza aún en medio de sus extravíos regados con lágrimas de dolor, borrados con una penitencia ejemplarísima, es realmente un verdadero genio del Cristianismo digno de los mayores elogios y acreedor a gloria y honor imperecederos. Nada más grato, pues, para todo verdadero cristiano, cuyo padre es en la fé el Santo de Hipona, que celebrar su glorioso triunfo. Por eso, a la voz del Supremo Jerarca de la Iglesia el Papa Pío XI, que llama la atención del Orbe Católico sobre esta fecha memorable, en su Encíclica, haciendo al mismo tiempo un estudio acabado de su personalidad gigantesca, se conmueven todos los sectores del mundo cristiano rivalizando en rendir un homenaje debido al Gran Padre de la Iglesia.



El Papa y San Agustín

No pudiendo publicar toda la hermosa Encíclica de Su Santidad sobre San Agustín, publicamos algunos párrafos para que los puedan saborear nuestros lectores.

Dice así el Papa:

Exhortación.

Si la efficacísima presencia con que Jesucristo ha estado hasta hoy, y estará en adelante, con su Iglesia, providencialmente instituída para salud del género humano, si esta presencia no fuese conforme, y aun del todo necesaria a la naturaleza de la institución, y no se

apoyase en la promesa del propio Fundador, promesa contenida en el Evangelio, podría descubrirse con toda evidencia en los fastos mismos de la Iglesia, nunca contaminada por la peste de ningún error, nunca abatida ni por las defecciones, a veces harto frecuentes, de hijos suyos, ni por las persecuciones de los impíos, aun llevadas al mayor extremo de atrocidad y de fiereza, nunca, en fin, desprovista de fuerzas que perpetuamente la den nueva juventud y florecimiento. Y si fueron varios los campos y maneras con que el Señor proveyó a la estabilidad y crecimiento de esta Iglesia que a todos los siglos pertenece, pero principalmente lo hizo suscitando en cada época varones insignes que con su genio y con sus obras, admirablemente acomodadas a las circunstancias y necesidades de su tiempo, alentasen al pueblo cristiano, reprimiendo y derrotando a «la potestad de las tinieblas». Esta singularísima elección de la Divina Providencia resplandeció, mucho más que en la mayoría de los casos, al recaer en Agustín de Tagaste, el cual, después de mostrarse a sus contemporáneos como antorcha puesta en el candelero, como exterminador de toda herejía, como caudillo y guía para la eterna salvación, no sólo siguió instruyendo y consolando a los fieles de Cristo en el decurso de los siglos, sino que hasta en nuestros propios días ayuda intensamente a que no descaezca en ellos la luz esplendorosa de la Fe y el ardor de la divina caridad. Y hasta sabido es que no pocos, aunque separados de Nos, y al parecer totalmente

ajenos a la Fe, siéntense atraídos por los escritos de San Agustín, tan llenos de sublimidad como de suave delectación. De aquí que al cumplirse este año el XV centenario de la bienaventurada muerte del gran Obispo y Doctor, los fieles cristianos de casi todo el mundo se inflamen en ansias de celebrar su memoria, y muestren y preparen solemnes manifestaciones de devota admiración.

Así, pues, Nos, movidos por deber de Nuestro cargo apostólico, y por sentimientos de indecible complacencia, no sólo no queremos estar ausentes de esta celebración universal, sino que os exhortamos a vosotros, Venerables Hermanos, y a vuestro clero y pueblo, a elevar con Nos al Padre celestial singularísima acción de gracias por haber enriquecido a su Iglesia con tantos y tan grandes beneficios por medio de Agustín, que de la abundancia de divinos dones a él concedida, supo sacar tanto provecho para sí mismo y para todos los católicos. Bien es verdad que a éstos, más que gloriarse de un tal varón, que agregado en otro tiempo casi milagrosamente al cuerpo místico de la Iglesia, apenas halló, a juicio de la Historia, en los pasados tiempos a nadie que le aventajase en excelsitud y grandeza, más que esto, les importa penetrarse y nutrirse de su doctrina, e imitar los ejemplos de su santísima vida...

El Estudio de Dios.

Quienquiera, Venerables Hermanos, que haya leído, siquiera por encima, las numerosísimas obras de San Agustín, no podrá en manera alguna ignorar con

cuánta intensidad se aplicó el Obispo de Hipona a perfeccionarse en el conocimiento de Dios. ¡Oh, cuán bien supo descubrir en la variedad y armonía de las cosas creadas al Autor de ellas, y con cuánta eficacia escribió y predicó para que el pueblo confiado a su ministerio conociese en esas mismas criaturas a Dios!...

Los ejemplos de los Santos.

La sed de Dios.

Possidio, el primer historiador de la vida de San Agustín, afirmaba ya en su tiempo que «mucho más que los lectores de sus obras, habíanse beneficiado del Santo los que pudieron oírle predicar y verle personalmente en su Iglesia, y, sobre todo, los que conocieron su vida y conversación entre los hombres. Porque no sólo era un escriba erudito en el reino de los cielos, que de su tesoro sacaba preciosidades nuevas y viejas, y un negociante que habiendo hallado una rica perla vendió cuanto tenía para comprarla, sino también uno de aquellos para los cuales se escribió: Hablad así y obrad así; y de los cuales dijo el Salvador: «El que así obre y así enseñe a los hombres, ése será llamado grande en el reino de los cielos». Comenzando, pues, por la primera de las virtudes, que es la caridad divina, de tal modo la deseó y buscó San Agustín, tan constantemente la avivó en sí mismo, que con razón se le representa llevando un corazón de fuego en la mano. Y quienquiera que haya ojeado, siquiera una sola vez, las Confesiones, podrá nunca olvidar aquel coloquio entre madre e hijo en la ventana

de su casa de Ostia? ¿No es esta narración tan animada y deliciosa que nos parece ver allí a Mónica y Agustín, una al lado del otro, embebecidos ambos en la contemplación de las cosas celestiales? «Conversábamos, pues, ambos a solas muy dulcemente—escribe el Santo.—Y olvidando lo pasado, y atentos a lo por venir, investigábamos entre nosotros, en presencia de la Verdad, que eres Tú, cómo habría de ser la vida eterna de los Santos, la que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre entendió.

.
 Deseamos, pues, entrañablemente, Venerables Hermanos, que así como Nos, al cumplirse como se cumplirá dentro de poco el XV centenario de la muerte de S. Agustín, lo hemos conmemorado muy gustosamente con esta Carta Encíclica, así vosotros lo conmemoréis también en medio de vuestro pueblo, de manera que todos le honren, todos principalmente se esfuercen por imitarle y todos den gracias a Dios por los beneficios que por obra de tan grande Doctor ha reportado la Iglesia.



El Corazón de Jesús

Para las personas religiosas

¿QUÉ no será para nosotros el Corazón divino, si bien le sabemos mirar? ¿Qué hemos dejado nuestros padres? Y ¿qué padre más padre y más cariñoso que el Corazón de Jesús? ¿Qué podíamos esperar de nuestros padres que no lo encontremos centuplicado y mejorado en el Corazón divino? ¡Que

nos alejamos de nuestra casa! ¿Y no nos está diciendo el Corazón de Jesús que por Él llegaremos a otra casa infinitamente mejor en la que tendremos cuanto pudiéramos desear? ¿Qué nos vamos a ver solos, sin hermanos que nos consuelen, más aún, con muchos que nos aborrezcan y nos odien? ¿Y no es el Corazón de Jesús bastante a hacer olvidar los hermanos todos y a hacernos mirar con soberano desdén las persecuciones y desprecios de todos los hombres?

Comparando cuanto de más gustoso y lisonjero se nos puede presentar con las delicias que hallaremos en el Corazón de Jesús, no podremos menos de decir, como Jacob, que nos hallamos en la Casa de Dios y en la Puerta del cielo.



Segunda Asamblea Nacional del Apostolado de la Oración

Inscripciones en la Dirección Diocesana de Menorca

(Continuación)

- M. I. Sr. Dr. D. Guillermo Capó, Magistral.
- Rdo. Sr. D. José Juaneda, Ecónomo de San Luis.
- Centro local del Apostolado de San Luis.
- Rdo. Sr. D. Guillermo Llibrés, Ecónomo de San Clemente.
- Rdo. Sr. D. Sebastián Fuxá, Vicario de Mercadal.
- D.^a María Pascual de Pons.
- D.^a Cecilia Comellas de Vivó.



ENTRONIZACIÓN DEL CORAZÓN DE JESUS EN EL HOGAR

N.º 1.039.—Mercadal, 24 de Mayo 1930.—En el domicilio de los novales esposos D. José Triay Florit y D.ª Magdalena Galmés Gomila, en el mismo día de su boda, con asistencia de ambas familias.

N.º 1.040.—Ciudadela, 16 de Agosto 1930.—En el predio *Es Turretó*, propiedad de la Sra. Viula e hijos de Cursach, con asistencia de todos los Sres. Propietarios, colonos del predio y numerosos invitados. La imágen fué bendecida por el Capellán del oratorio público señor Riera, Pbro.

(Continuará.)



CENTRO LOCAL DE CIUDADELA

Recomendaciones para Septiembre

- 1.ª Los Santos Ejercicios Espirituales.
- 2.ª La modestia cristiana.
- 3.ª Las necesidades de España.

TESORO DEL CORAZÓN DE JESÚS CIUDADELA

OBRAS OFRECIDAS POR LAS INTENCIONES RECOMENDADAS

1 Actos de amor.	95.550
2 Actos de resignación y paciencia.	5.110
3 Exámenes de conciencia	2.929
4 Comuniones sacramentales.	1.659
5 Comuniones espirituales	7.874
6 Guardia de honor.	2.927
7 Horas de trabajo mental y corporal.	3.423
8 Horas de silencio	3.480
9 Lecturas piadosas.	2.151

10 Misas celebradas ú oídas con devoción.	3.456
11 Mortificaciones voluntarias.	49.295
12 Obras de misericordia corporal	5.265
13 Obras de celo	6.240
14 Obras varias	12.890
15 Oficios del Sagrado Corazón	1.422
16 Oraciones vocales.	74.180
17 Recreaciones ó conversaciones santamente empleadas	2.030
18 Rosarios	2.260
19 Via Crucis	559
20 Victorias de la pasión dominante.	2.072
21 Visitas al Santísimo	9.690
22 Visitas de altares.	208

CULTOS RELIGIOSOS MES DE SEPTIEMBRE

Día 1.º—Primer lunes — A las 6 menos cuarto y a las 7 y media, Misas con rezo del Santo Rosario, en sufragio de las Almas del Purgatorio.

Día 4.—Primer jueves.—A las 7 de la tarde, Visita Eucarística a cargo de las Marías del Sagrario, con cánticos y bendición con el Santísimo Sacramento.

Día 5.—Primer viernes.—A las 6 menos cuarto y a las 7 y media, Misas de comunión reparadora con los ejercicios propios del primer viernes. La primera Misa se aplicará en sufragio de las Almas del Purgatorio, y la de 7 y media por las intenciones de la Liga antimasonica. Por la tarde, Via Crucis. Por la noche, a las 7, rezo del Santo Rosario y Coronilla; Plática de Retiro espiritual a cargo del M. I. Sr. Maestrescuela y ejercicio de la Buena Muerte.

Día 7.—Primer domingo.—A las 7 y media, Misa de comunión general reglamentaria, que se aplicará en sufragio del difunto Sr. Vice Director Rdo. D. José Roca, Pbro. Se puede ganar indulgencia plenaria.

Todos los viernes, Misas de comunión reparadora y ejercicio vespertino en honor del Santísimo Corazón de Jesús.

N. M. D. G.

Tip. y Lib. del Sagrado Corazón de Jesús.